

“NOSTALGIA DE FUTURO”, EXPECTATIVAS PASADAS EN LA NO-EXPERIENCIA DEL PRESENTE

“NOSTALGIA FOR THE FUTURE”, PAST EXPECTATIONS IN THE NON-EXPERIENCE OF THE PRESENT

Jorge MONTESÓ-VENTURA

Centre d'Estudis Antropològics ACAF, València, España

jmonteso@centreacaf.org

RESUMEN: A partir de la aparentemente contradictoria expresión “nostalgia de futuro”, en el presente artículo nos adentramos en el análisis del complejo entramado de tensiones temporales que subyacen a la experiencia humana, en concreto bajo la coloración del tono nostálgico. Trataremos de analizar las relaciones de interdependencia que guardan los distintos horizontes temporales, tanto en la experiencia nostálgica como en la experiencia originaria a la que esta refiere y que es materia de evocación. En tal contexto, pondremos especial énfasis en el papel de las expectativas, y en su influencia en la “futura” emergencia del temple nostálgico, un papel que, aun cuando actúan de manera preconsciente, resulta esencial para comprender la sensación de pérdida de familiaridad que siente quien ve incumplidas tales pretensiones.

PALABRAS CLAVE: nostalgia, evocación, expectativas, continuidad.

ABSTRACT: Starting from the apparently contradictory expression “nostalgia for the future”, in this article we delve into the analysis of the complex net of temporal tensions that underlie human experience, specifically under the colouring of the nostalgic mood. We will try to analyse the interdependence relations that the different temporal horizons keep, specifically in the nostalgic experience and in the original experience to which it refers and which is a matter of evocation. In this context, we will accentuate the role of expectations, and their influence on the “future” emergence of nostalgic mood, a role that, even when they act preconsciously, is essential to understand the sense of loss of familiarity felt by those who see such pretensions unfulfilled.

KEYWORDS: Nostalgia, Re-presentation, Expectation, Self-continuity.

1. Introducción

Fue el poeta de Lautaro, Jorge Teillier, quien escribió aquello de que “nostalgia sí, pero de futuro, de lo que no nos ha pasado, pero debiera pasarnos”¹. También el pintor Renau, en su retorno del exilio, apeló a esa caprichosa contradicción: nostalgia, dijo, del futuro que no pudo construir y que, con seguridad, tampoco podría conocer². Un sentir que, a bien seguro, suscribirían tantos desplazados, refugiados, migrantes en general; desencantados en muchos casos.

“Nostalgia de futuro”, interesante contradicción, pero ¿es eso posible? ¿Se puede sentir nostalgia de algo que no ha sido? Ciertamente el ordenamiento poético lo permite. El oxímoron puede llegar a ser –de hecho suele serlo– una figura de las más sugerentes en retórica en tanto ampara una paradoja de aparente posibilidad, una *contradictio in terminis* que, por su capacidad de evocar un referente potencial, obliga al lector a parar mientes y reflexionar sobre su estructura, sobre su contenido. El oxímoron quebranta la *familiaridad* del lenguaje, la lógica del sentido, lo que instala al lector en una situación de *extrañamiento*, de algún modo embarazosa, que le insta a interrogar las fisuras de lo expresado, a confirmar su lógica (im)posibilidad de modo que o bien le devuelva a la familiaridad amenazada, o bien le sorprenda con algo nuevo, impensado por él y que, como poco, le provoque un conato de sonrisa cómplice por descubrir uno más de los tantos contrasentidos con los que convive nuestro pensamiento.

¿Se puede, pues, más allá de la poética, sentir nostalgia de futuro? Tal como la acuñase Hofer³, imbuido por el antiguo sentir de añoranza, la nostalgia apela al sentimiento de un dolor (ἄλγος), dolor por el deseo de regreso al hogar (νόστος). Nostalgia es la expresión que nombra el sentimiento de aflicción y duelo que sufre aquel que anhela recuperar el hogar ausente, aquel que hubo y que ahora ya no está, que reconoce como perdido. Desde esta premisa, pues, parece impensable concebir un regreso a algo que no sea pasado. No porque ello suponga volver allá a donde nunca se ha estado, pues hay quien siente nostalgia de paraísos nunca avistados o de paisajes y seres de relatos que forman

¹ TEILLIER, Jorge. *Prosas*. Santiago: Ed. Sudamericana Chilena, 1999, p. 63.

² PÉREZ, E. “Diálogo de 145 artistas con Renau”. *Las Provincias*, 5/3/2009.

³ Ver HOFER, Johannes. “Medical Dissertation on Nostalgia”. *Bulletin of the history of medicine*, núm. 2, 1934, pp. 376-391.

parte del ideario popular⁴; la apariencia de contradicción recae más bien en atribuir el dolor-de-regreso a algo que concebimos como aún no sucedido, por tanto pendiente de validación. Sin embargo, a nuestro sentir no parece afectarle esto. ¿Dónde descansa, pues, la fuerza que, sin duda, alberga esta premisa? ¿Por qué no cae directamente en el absurdo como tantas otras contradicciones y, en consecuencia, en la desatención? Quizá porque algo de posibilidad advirtamos en ella, seguramente porque dé voz a una vivencia que no nos es del todo ajena, o puede que sea porque el término “nostalgia”, tal como nos ha llegado⁵, no refleje en su uso la complejidad del sentir que pretende amparar.

Frente a ello, el presente artículo parte, como se diría, de *tomarse en serio* esto de la “nostalgia de futuro” e intentar un análisis cuidadoso de la expresión. Lejos de dejarnos llevar por lo sugerente de la idea, vamos a expresar el entramado de tiempos que le subyace, aparentemente contradictorio, para ver hasta qué punto, pese a la evidente licencia retórica, esta articulación entre el anhelo por el pasado y a la vez por un futuro que aún no ha sido quizá no sea tan forzada. Un análisis que, a su vez, nos permita situarnos dentro de la compleja trama direccional que toma la temporalidad en la experiencia vivida, en este caso, a partir del sentimiento de añoranza.

Lo que intentaremos en adelante es poner a prueba la premisa de que aquello que valida la expresión “nostalgia de futuro” no es que con ella se mente a un tiempo que aún no ha sido –como bien podemos deducir– sino a uno que anticipamos, con cierto pesar, que tampoco lo será. En otras palabras, lo que permite hablar de nostalgia aquí es la advertencia de una decepción por la no-repleción

⁴ La representación de lo deseado, como apunta Quepons (2013, 140), “bien puede estar fundada en una representación vacía de algo que anhelamos pero que no hemos tenido antes”. Cosa distinta será si, en su tenencia, esta nos satisface o decepciona y, por tanto, extinga o no ese deseo.

⁵ El significado de “nostalgia”, como sucede con los conceptos que aluden a sentimientos, ha sufrido alteraciones a lo largo de su existencia, siendo su misma acuñación del de las tantas añadidas a la concepción del sentir mismo. Sin embargo, es interesante destacar como la nostalgia, acuñada como término médico para referir un “mal” de añoranza por la tierra natal (*cf.* Boym, 2015, 25 y sig.) sufre una importante evolución durante el periodo romántico al revestirse de un insólito tono de abstracción, suficiente como para abandonar la referencia a lugares físicos –esa patria alejada pero existente– y aludir a elementos episódicos, esto es, para ir privatizándose, apelando a recuerdos cada vez más autobiográficos, a la propia vida, modo en el que nos llega a nosotros hoy. Sobre esta evolución, ver el citado texto de Svetlana Boym, así como BOLZINGER, André. *Histoire de la nostalgie*. París: Campagne première, 2006 o DODMAN, Thomas. *What Nostalgia Was: War, Empire, and the Time of a Deadly Emotion*. Chicago: Chicago Press, 2018.

de unas expectativas nacidas en el pasado y que evidencian la privación de lo que hubiésemos querido que fuese nuestro futuro. Ese ya “no-futuro” pronosticado lo anticipamos en nuestro presente en base al no cumplimiento de unas expectativas –pasadas– que, por el motivo que sea –un lapso–, se presentan ya pre-delineadas, sin referencia a nada nuevo.

Desvela esto un hilo de referencias temporales que anticipa cómo aquello a lo que menta la nostalgia quizá no sea tanto un contenido concreto del pasado sino la vida de cada cual –en sentido longitudinal⁶–, en cuanto totalidad unificada. Esto es, no “por tal o cual evento aislado sino que remite a la unidad de nuestra propia vida y lo que fue en el pasado” (Quepons 2014, 238), asumiendo con ello las intenciones de expectativa (*Erwartungsinentionen*) que entonces engendrábamos.

En tanto advertimos que el presente no está siendo como esperábamos, inferimos que algo no ha ido como previmos, de aquí la apelación al pasado. Y acudimos a él con la intención de recuperar ese hilo de continuidad, ahora roto, que permita “restaurar el futuro que no ha sido”. Necesitamos analizar el momento prelapsario –cuando nos comprometimos con un proyecto, cuando engendramos nuestras expectativas– para alcanzar el germen del lapso –cuando este se torció–. Por eso afirmaremos que la mirada al pasado del nostálgico no viene tanto motivada por el pasado en sí, asumido irrecuperable e inalterable, sino por ese empuje a revisar las expectativas que *prometían* un futuro que ya no preveo que sea, pues lo sé perdido. Tal es el entramado que desvela la nostalgia y que se refuerza, a nuestro juicio, con la afirmación “nostalgia de futuro”.

2. La pérdida de familiaridad, el hogar

Pero vayamos por partes. Decíamos que la nostalgia refiere a ese dolor o tristeza que provoca el deseo por recuperar el hogar perdido; un hogar –expresado en forma de momento, persona, lugar– el valor del cual se percibe por nosotros como algo positivo o agradable. Su ausencia, pues, debido al valor que le reconocemos, será una que no podamos evitar desear restaurar –de aquí el deseo de

⁶ A diferencia de una intencionalidad de carácter transversal que se dirigiría más bien al objeto, a los contenidos. Sobre la doble intencionalidad de la corriente de conciencia, ver: HUSSERL, Edmund. *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Hua X. Trad. de Agustín Serrano de Haro. Madrid: Trotta, 2002, pp. 100 (§39).

regreso (νόστος) o de *volver presente la cosa ausente*⁷, y ello a pesar de no sernos ajena su estricta irrecuperabilidad –causa del dolor o tristeza última (ἄλγος)–. Incluso cuando el anhelo menta a un lugar o persona aún existente, el deseo por ello está vinculado a vivencias con o en ello que ya no nos pertenecen más que en el recuerdo, por tanto tampoco los sentimientos recuperables como tal. Es la *irreversibilidad de la pérdida* la que provoca nostalgia, de otra forma no habría lugar para ella sino para otro tipo de sentimiento.

De este modo, la nostalgia se nos presenta como una coloración⁸, generalmente en forma de tristeza melancólica, que acompaña a la *desazón* que provoca saberse privado de ese “hogar” que supone nuestro horizonte de normalidad, o de “propiedad”, en el que nos desenvolvíamos y que ahora, a causa de la pérdida, sentimos perturbado.

Básicamente, la ausencia de la cosa estimada nos “priva” del horizonte de *familiaridad* en el que nos hallábamos, de esa sensación de “hogar”, lo que nos deja a merced de la desazón de vernos en medio de un mundo extraño (*Fremdwelt*), vacío de referencias (*cf.* Hua XV, 429). Ello nos dispone a un estado afectivo, que llamamos nostálgico, el cual, en su despliegue, además de envolvernos con su resplandor, nos orienta a la captación de estímulos –imágenes, músicas, olores, pensamientos– o contextos estimulables –ceremonias, lugares, momentos de intimidad– que, por su fuerza de asociación con aquellas vivencias pasadas –previas a que se produjese la pérdida– provocan la rememoración o llamada de ese pasado al presente (*Vergegenwärtigung*) tratando de devolver, aunque sea por un instante, la sensación de dicha de la que ahora nos sentimos privados: la de “volver al hogar”.

⁷ Sobre un análisis conceptual de lo nostálgico: HOFER, Johannes, *op. cit.*; SCHEUCHZER, Johan. J. “De nostalgia”. *De Bononiensi Scientiarum et Artium Instituto atque Academia Commentarii*, núm. 1, 1731, pp. 307-313; STAROBINSKI, Jean. “The Idea of Nostalgia”. *Diogenes* núm. 54, 1966, pp. 81-103; ROSEN, George. “Nostalgia: A Forgotten Psychological Disorder”. *Clio Medica* vol. 10, núm. 1, 1975, pp. 28-51; CASTELNUOVO-TEDESCO, Pietro. “Reminiscence and nostalgia: The pleasure and pain of remembering”. En GREENSPAN, S. I. y POLLACK, G. H. (Eds.). *The course of life: Psychoanalytic contributions toward understanding personality development III: Adulthood and the aging process*. Government Printing Office, Washington DC, 1980, pp. 104-118; BOYM, Svetlana. *op. cit.*

⁸ Sobre este tema ver: ZIRIÓN QUIJANO, Antonio. “Coloraciones emotivas y templos anímicos en los *Estudios acerca de la estructura de la conciencia* de Husserl”. *Isegoría, Revista de filosofía moral y política*, núm. 60, 2019, pp. 123-145.

Esto nos conduce, pues, a la pregunta sobre a qué referimos, aquí, por “hogar”, ya que en tales circunstancias, conscientes de la irrecuperabilidad de la cosa ausente, bien podría el sujeto buscar subterfugio en otros elementos más a mano, tratando de reconstruirlo, o de establecer uno nuevo. En cambio, lo que se aprecia en el nostálgico es una insistencia para con su pasado, donde identifica a su hogar.

Cuando hablamos de hogar (*Heimlich*)⁹, al menos en este contexto, debemos comprenderlo en tanto “vivencia de hogar”¹⁰. Por hogar no mentamos necesaria o estrictamente a un lugar específico —que bien podría serlo—, ni a una persona o momento, no es el contenido lo relevante aquí, lo relevante es esa esfera del mundo de la vida a la que ese lugar o persona encarnan y que despierta en nosotros la sensación de estar “como en casa”. Por hogar debemos entender ni más ni menos que esa “porción” de mundo que por *pertenencia, confiabilidad o disponibilidad* (*cf.* Waldenfels 2001, 122) nos transmite la sensación de *familiaridad*; esa atmósfera que se manifiesta a través de un sistema de relaciones y continuidades desde las que siento cómo las cosas que me rodean tienen su lugar, donde soy capaz de anticipar sus movimientos a partir de la predelineación pasiva que permiten mis habitualidades¹¹, sin necesidad de mi yo atento¹². Por hogar mentamos, pues, la sensación que albergamos cuando nos sabemos en el “mundo propio”, que se presenta en *continuidad* y, por tanto, tan familiarizados con él que somos capaces de

⁹ Sobre la noción de “hogar” ver STEINBOCK, Anthony, J. *Home and beyond. Generative Phenomenology after Husserl*. Evanston: Northwestern U.P, 1995; también WALDENFELS, Bernhard. “Mundo familiar y mundo extraño. Problemas de la intersubjetividad y de la interculturalidad a partir de Edmund Husserl”. *Ideas y Valores*, núm. 116, 2001, pp. 119-131. Para un estudio comparativo: OSSWALD, Andrés M. “El hogar y lo extraño. Una aproximación sobre el habitar: entre la fenomenología y el psicoanálisis”. *Revista Nufen, phenomenology and interdisciplinarity*, vol. 10, núm. 3, 2018, pp. 64-87.

¹⁰ En la nota 4 aludimos a cómo las referencias intencionales de la nostalgia han ido mudando en su tematización a lo largo del tiempo, pasando de referir lugares físicos a aspectos más episódicos. Esto refleja la variabilidad en el objeto de la vivencia de hogar según criterios culturales o epocales. En cambio, la vivencia de hogar es la misma independientemente de su expresión. Esto es lo que nos interesa aquí.

¹¹ Sobre el papel de las habitualidades y la sedimentación en la constitución del mundo como estructura trascendental de familiaridad, ver: LÓPEZ SÁENZ, Ma Carmen. “Sedimentación del sentido y tradición (Überlieferung). Fenomenología y hermenéutica filosófica”. *Eikasia, revista de filosofía*, vol. 36, 2011, pp. 89-120.

¹² En los manuscritos de Bernau (Hua XXXIII, 286 y sig.), Husserl alude a un “yo viviente”, un “proto-yo” que pertenece a este *presente viviente* y que representa una dimensión pasiva del yo. Ver OSSWALD, Andrés M. *La fundamentación pasiva de la experiencia. Un estudio sobre la fenomenología de Edmund Husserl*. Madrid: Plaza y Valdés, 2016, pp. 95 y sig.

pre-disponer el sentido de las cosas, en tanto nuestras intencionalidades hallan su debido despliegue y nuestras expectativas, a través de “síntesis de cumplimiento” (*Synthese der Erfüllung*), su confirmación. En definitiva, la vivencia de un mundo donde las cosas son “como deberían ser”¹³.

La pérdida en sí, la pérdida sufrida, debe estar, pues, íntimamente vinculada a la imposibilidad de ejecución de ese “mundo propio” para despertar nostalgia, de manera que su ausencia nos conduzca a la pérdida de la *vivencia de hogar*, al desvanecimiento de esa capacidad de anticipación. Causas podemos enumerar tantas y tan particulares como proyectos de vida hay: habitualmente relacionados con la nostalgia hallamos procesos migratorios, pérdidas personales, eventos traumáticos, etc.. Todos ellos arrojan al sujeto a un “afuera” donde el mundo se presenta sin las referencias acostumbradas, un algo extraño o, en términos heideggerianos, inhóspito (*Unheimlichkeit*), impredecible y anónimo (*Nammenlose*). Esta extrañeza ni siquiera necesita darse tematizada, basta con que se dé un mero incumplimiento de la intencionalidad operante para sentir la angustia de un mundo imprevisible. Su incertidumbre, el desamparo o la decepción (*Enttäuschung*)¹⁴ que provoca, es la que nos impele a cuestionarnos ese mundo, a reflexionarlo, evidenciando no solo su extrañeza sobrevenida sino, por defecto, el valor que –en tanto mundo-propio– tenía para nosotros antes del supuesto lapso, de aquí la añoranza.

En un mundo así, pues, somos incapaces de hallar asideros en el entorno que permitan la reorientación de nuestros parámetros de familiaridad, pues todo se advierte insólito, bajo otro tono. Cierto que podríamos hallar recurso mediante

¹³ La relación entre el par familiaridad-extrañeza y la nostalgia la hemos abordado ya en: “La nostalgia como refugio al estado de angustia”. *Agora: papeles de filosofía*, núm. 40, vol. 2, 2021, pp. 109-133. También en QUEPONS, Ignacio. “El resplandor de la nostalgia, Esbozo de una descripción”. En VENEZUELA, M. y JIMÉNEZ, A. (Eds.). *Antropología y fenomenología, reflexiones sobre historia y cultura*. Conaculta: Brújula, 2015, pp. 191-227.

¹⁴ Hay que matizar en este punto que, estrictamente, la *decepción* también se da dentro del marco de un supuesto cumplimiento, aunque este no se dé en los términos deseados, esto es, aunque *contradiga* nuestra intención. La muerte de un ser querido no es ajena al conjunto de expectativas que engendra su presencia, es un caso límite de anticipación que coexiste con una voluntad de negación de su cumplimiento. Sabemos la posibilidad de ausencia de todo objeto de percepción, y la esperamos en cualquier momento, conscientes de su finitud, con todo, no exime que cuando esta se produce sintamos dolor, pues marca un final que no querríamos haber vivido, alterando por ello nuestra intencionalidad –que seguramente aspiraba a seguir coexistiendo con el objeto en cuestión–. Incide esto en la idea que remarca Niel (*cfr.* 2021, 137n) que una protención solo intenciona aquello que (asociativamente) esperamos del futuro.

distracción, pero el horizonte no dejará de presentarse imprevisible, anónimo, pues lo quebrantado no atañe al presente en sí sino a la continuidad que alberga en su relación con la vida en cuanto totalidad unificada. Solo la asunción de la pérdida permitiría, en tal caso, cierta resignificación del proyecto para adaptarse a la actual situación, pero ello implicaría reconsiderar nuestra relación con el medio, con nuestro pasado, revisar expectativas, entre otras acciones. Su sola posibilidad aflige, angustia. Por ello tendemos, *mientras esto no sucede*, a echar la vista atrás, llamados o tentados por lo atractivo del recuerdo, del horizonte temporal previo al lapso que se nos presenta como efigie de ese hogar perdido, y anhelamos su redención, a saber, el cumplimiento de mis frustradas intenciones pese a ser conscientes de su imposibilidad.

Imaginemos la pérdida de un ser querido, esencial en nuestros planes de vida, podríamos hallar distracción en otros asuntos, conocer nuevas personas, pero ello no eliminará la pérdida y, con ella, la alteración de los proyectos que tan asociados estaban a su existencia. Con su pérdida se produce un cambio de escenario irreparable, una rotura en la continuidad del curso temporal de mi vida, en su unidad. Es un cambio que, para continuar, exige la reordenación de mis intenciones, de mis expectativas, pues el modo en que se han cumplido deja la marca de un fin. La pérdida supone la marca de un antes y un después evidenciando una finitud, recordando la posibilidad de consumación, de que algo se torne irremediamente pasado desligándose de todo presente. Y cuando esto atañe a algo que es valorado por mí como fundamental para el desarrollo de mis planes de futuro, obliga a reorganizar toda mi disposición frente al mundo, frente a ese futuro, y frente a mí mismo.

De aquí que, dentro del cóctel sentimental que esta situación engendra, bajo ese resplandor melancólico que llamamos nostálgico, se active una intencionalidad, más o menos tematizada, dirigida a aquello que ya no tenemos, a *lo ausente*; una disposición de deseo por algo que sabemos irrealizable pero que no podemos desestimar por el valor que ahora tiene para mí. Y decimos más o menos tematizada intencionalidad porque no siempre seremos conscientes, o plenamente, de aquello a que referencia la pérdida. Puede, como indica Quepons (*cf.* 2015, 216), que el sentir se oriente hacia un objeto valorado positivamente y que ahora nos falta –sea el caso de la citada pérdida personal–, pero puede que la intencionalidad refiera a acontecimientos perdidos, que sabemos amados, pero que en su evocación no alcancen a realizarse en forma de una referencia activa y temática, como muchas de nuestras vivencias de infancia.

En todo caso, el valor patentizado de lo ahora ausente, su actual relevancia, basta para despertar un deseo que vuelve nuestro yo hacia él, un anhelo por *evocar* aquello que nos permitía sentirnos como en casa y que ahora no somos capaces de hallar en nuestro extraño presente.

3. Evocaciones, un intento por reanudar la continuidad

Reconocemos, pues, en la nostalgia, una intención de deseo por lo perdido. Su deseabilidad, el actual valor de eso que ya no está –un valor que quizá en su momento originario no advertimos o carecía de él– lo torna relevante hoy para nosotros. Es por ello que en su evocación, cuando mediante rememoración conseguimos representar ese pasado, hallamos cierta tendencia a la complacencia, pues reencontrarse con el objeto de deseo, pese a la conciencia de irrecuperabilidad, nos devuelve, aunque sea efímeramente –pues no deja de ser mediante recuerdo–, la dicha que sentimos por reencontrar ese “hogar” perdido.

La evocación de la experiencia hogareña se torna fuente de motivación para el sujeto que se halla bajo el resplandor nostálgico, algo que se experimenta, como decimos, incluso antes de que se produzca la tematización de aquello que genera el propio anhelo. Como reseña Osswald (*cf.* 2016, 112), las síntesis asociativas que se producen en el presente, en este contexto de pérdida reconocida, prefiguran el relieve del campo hylético que, además de motivar el volverse efectivo del yo ahora, tiene su impacto en el relieve que ponteaba el pasado con el presente como un “eslabón-puente”¹⁵ que efectúa una “irradiación retrospectiva de la fuerza afectante” (Hua XI, 173). Esto es, el reconocimiento de la pérdida de familiaridad revaloriza aquello que viene asociado con nuestra idea de hogar-perdido despertando al yo fragmentos del pasado, quizá *dormidos* hasta entonces, que ahora, en su capacidad de devolver la posibilidad de recuperar la noción de hogar, ganan relevancia para él, así como la posibilidad de ser tematizados si aún no lo estaban, por ello los pretendemos. De este modo, la vivencia de la pérdida junto a la coloración que provoca no solo participan de la modificación de acentos en el presente, también alteran las relaciones de este con el pasado irradiándose sobre él.

¹⁵ En HUSSERL, Edmund. *Analysen zur passiven Synthesis. Hua XI*. Ed. de Margot Fleischer. La Haya: M. Nijhoff, 1966, p.123.

Así mediante, el pasado resignifica su relieve afectivo respecto del presente hasta el punto de llamar a la rememoración¹⁶; a su vez, el presente, mediante relaciones de semejanza¹⁷ respecto del horizonte de relevancias pasado, reorganiza el suyo propio descubriendo valor en todo aquello capaz de evocar ese pasado. Ello ocurre porque lo que determina ahora mis motivaciones, mis intereses, es justamente la necesidad de continuidad –quebrantada– entre ambos horizontes. De aquí que Husserl hablase, como indica Quepons (2015, 207), de un “resplandor ‘prestado’, pues el objeto resplandece afectivamente ‘por mor’ de que nos recuerda o su presencia evoca el recuerdo del objeto anhelado e irreparable”, no tanto por sí mismo, sino por lo que es capaz de generar frente a mi demanda de continuidad. Se genera, de este modo, una especie de *atmósfera atencional*¹⁸ en la que el nostálgico vive un incremento de interés por aquello que se presente con potencial de evocación. Una sensibilidad, por cierto, muy explotada hoy en lo que respecta al consumo popular.

De este modo, con la rememoración, el sujeto pretende “hacer presente” la cosa ausente, pero no lo meramente ausente, sino lo reconocido como ausente-ya-sido: “lo recordado es por necesidad ‘algo que se ha hundido’” (Hua X, 55)¹⁹, sucesor de una impresión originaria precedente. Mediante asociación reproductiva, la evocación, como re-presentación ponente, propiciará la renovación de percepciones originarias de acontecimientos pasados sin perder, en su *apparitio imaginativa*²⁰, esa conciencia de inactualidad que le es propia. Independientemente de la viveza con que se experimente, el sujeto será consciente de que lo experimentado no es más que una “reiteración de la conciencia tenida” (Hua X, 129), de “objetos ya listos” (Hua X, 59), concluidos.

¹⁶ Cabría entonces, una vez el yo vuelto sobre el recuerdo, reinterpretar lo pasado, no modificando su contenido, en tanto está ya concluido, pero sí pudiendo establecer nuevas asociaciones.

¹⁷ Hablamos con Husserl (Hua XI, 138-139) de unidades sintetizadas según leyes de asociación: semejanza (*Ähnlichkeit*), contraste (*Kontrast*) y contigüidad (*Kontiguität*). Como perfila Osswald (2016, 134), las relaciones de semejanza motivan enlaces de homogeneidad, contraste o desemejanza que dan lugar a enlaces de heterogeneidad y contigüidad. Estas, junto con las formas omniabarcadoras de la coexistencia y la sucesión, dan formación a unidades hyleticas.

¹⁸ Apunta Zirión Quijano (2019, 141): “los temples vividos pueden ocupar un mayor o menor campo de la atención, y en el extremo dominarla por completo. [...] El yo puede también, para decirlo figuradamente, hacerse cómplice de él”.

¹⁹ Citamos Hua X siguiendo la paginación de la edición de Serrano de Haro ya referida.

²⁰ Sobre el término *Apparitio*, ver Apéndices II y III de *Lecciones...*

Esta condición de re-presentación le expone, como indica Husserl (*cf.* Hua X, 70) a una potencial merma en la claridad reproductiva y, consecuentemente, no exenta de fragmentariedad o parcialidad respecto de la evocación ideal. Es más, la evocación de un recuerdo no necesariamente ha de implicar la recuperación “plena” de la vivencia pasada. Ciertamente que el estímulo evocador puede estar directamente asociado al objeto de recuerdo y su captación permita alcanzar, si el objeto de recuerdo está debidamente tematizado, una representación objetiva del mismo –una fotografía de la persona perdida puede traernos un recuerdo más o menos nítido de ella a pesar del tiempo transcurrido–; pero puede que esto no suceda así, en muchos casos el estímulo desencadenante no es capaz de ofrecer una representación plena del objeto –bien por no estar este suficientemente tematizado en el pasado, por ser las asociaciones que nos llevan a él poco claras o parciales, etc.– de modo que el estímulo evocador solamente sea capaz de llamar a algún fragmento o momento determinado del objeto (*cf.* Hua XI, 122)²¹. Deberá ser, a partir de este, bien por “propagación afectiva” que altere el relieve del horizonte del recuerdo destacando otros momentos que colaboren en la tematización, bien por intervención de la imaginación que complemente las lagunas precisas, que alcancemos un recuerdo suficiente, al menos satisfactorio, que repare provisionalmente mi anhelo –*v.g.* un aroma que relacionamos con un momento concreto de la persona perdida mediante el cual accedemos, por “contagio” o reconstrucción imaginativa, a otras representaciones de la persona–.

Todo ello, empero, no disuade a quien se halla bajo influjo nostálgico. Consciente de su inactualidad, no menos de la irrecuperabilidad de la impresión originaria ahora hundida tras un corriente de modos decursivos, así como de la falta de claridad de su recuerdo, el nostálgico sigue manteniendo el anhelo intacto. Es más, puede que incluso se beneficie de ello.

A los objetivos del nostálgico no le perjudican las “oscuridades” del recuerdo, él desea recuperar la sensación de continuidad entre pasado y presente en la que reposa su idea de hogar; un pasado y un presente durante el transcurso de los cuales han sucedido cosas, se han experimentado vivencias que han alterado el campo de expectativas del sujeto rememorante, sus intereses, sus necesidades. La “oscuridad” con la que pueda llegar hoy el recuerdo juega, pues, a favor de la flexibilidad interpretativa que permite ajustar el contenido de la vivencia evocada

²¹ Como bien expone Osswald (2016, 124): “Esto es así porque la síntesis asociativa solo tiende un puente con el pasado pero el recuerdo, en tanto es un acto, depende siempre de un volverse explícito del yo sobre un contenido”.

a los actuales intereses, según su actual noción de “hogar”. “El originario aparecer y fluir de los modos decursivos es algo fijo [...] a lo que sólo nos cabe mirar [...]. Por el contrario, el re-presentar es cosa de libertad, es un libre recorrer” (Hua X, 69), una libertad que permite al nostálgico recrearse con sus recuerdos.

De hecho, si cupiese alcanzar la impresión en su estado originario, una otra vez, en tanto se haría desde una posición existencial diferente, nos conduciría a una experiencia del aparecer completamente distinta y, en consecuencia, ni siquiera podríamos hablar de continuidad, pues estaríamos frente a dos vivencias sin visos de conexión –sea el caso de los amnésicos–. Bajo condiciones de normalidad, empero, el sujeto, previo a su rememoración, alberga ya expectativas de lo que espera encontrar cuando evoque el “momento originario” en un presente-futuro, expectativas construidas a su vez en base a la confirmación o no-repleción de expectativas que ya se generaron cuando la experiencia fue vivida por vez primera, expectativas que van mudando con cada posible evocación/aparecer y que esperan confirmación con la siguiente. De aquí el favor para con el nostálgico, pues, como ahondaremos a continuación, este reclama al recuerdo la reconstrucción o reconstitución de la cadena de expectativas-cumplimientos que precisamente la pérdida sufrida ha quebrado y concluido en un pliegue sobre ellas mismas, más allá del contenido en sí del recuerdo.

Imaginemos la persona perdida de nuestro ejemplo, su evocación puede mentar el momento en que la conocimos, pero el recuerdo que tenemos de ese momento no ha permanecido inmutable con el transcurso del tiempo. Este ha mudado en base a evocaciones de evocaciones del momento originario, ajustándose a mis expectativas. Desde el momento en que nos conocimos, la persona y yo hemos convivido, he envejecido con ella antes de perderla y sus cambios, como los míos, se han ido incrustando en mi modo de interpretar el mundo y su presencia en él; incluso el mero hecho de compartir una y otra vez el recuerdo entre nosotros, re-presentándolo mediante narraciones, ha generado alteraciones en su interpretación que afectan a su relevancia –en este caso para mantenerla–. Todo ello altera mi recuerdo de aquel lejano encuentro –originario– que ahora pretendo evocar, ajustando aquella experiencia a las cambiantes expectativas de mi transcurrir. Ese ajuste del recuerdo será, precisamente, el que permita reconocerlo y seguir valorándolo como relevante hoy, sentir la continuidad evocada. Al menos hasta que repare en que en ese continuo de confirmaciones existe un lapso sobrevenido, la pérdida –en este caso de la persona querida–, la cual implica el quebranto irreparable que nos conduce a la situación actual.

Es por ello, entre otros motivos, que el efecto de la rememoración, ese instante de dicha que propicia el aparente reencuentro con mi pasado, a pesar de su intensidad y disfrute, sea tan efímero, pues en cuanto lo hago consciente, mi misma conciencia acaba por diluirlo pese a la voluntad de mantenerlo debido al conocimiento que tengo de la pérdida, ahora incrustada en el torrente de vivencias que relacionan el objeto de añoranza. Y no será este el único “daño” que infringe la aparición de la conciencia en la evocación nostálgica, siempre en detrimento del poder rememorativo, pues la evocación continuada ejerce también su desgaste al alterar las asociaciones que la sustentan.

Ya hemos visto las transformaciones a las que se expone una vivencia originaria que se ha mantenido activa en un continuo de evocaciones hasta el presente. En el caso de vivencias olvidadas, esto es, no vueltas a recordar hasta que la pérdida las ha convertido en relevantes, su evocación las torna presentes y, en cuanto tales, se constituyen como unidades en la conciencia²², es decir, adquieren un nuevo ahora con el que se abren a sus consecuentes fenómenos decursivos –con la peculiaridad que, en tanto algo-ya-sido, su protención estará predirigida²³–. Sin embargo, más allá del contenido de la vivencia, que se nos ofrece como algo establecido, sus continuas evocaciones se darán en un horizonte acumulativo y, por tanto, declinando en un horizonte de adecuación que se dispone abierto a transformaciones. Cada encuentro con el recuerdo profundizará en su proceso constituyente modificando el significado, y la relevancia, que tiene para mí. Cada ahora del recuerdo, cada evocación, aunque en escorzo guarde la memoria del flujo de experiencias y en él sus asociaciones, afectará al sistema completo de presencias y compresencias a las que copertenece²⁴. Este proceso puede llegar a provocar que la asociación mantenida con el estímulo evocador se diluya por la declinación independiente a la que ambos correlatos –la percepción actual del estímulo evocador y la rememoración de la impresión originaria a él asociada– se ven inmersos. Dicho de un modo directo, siempre que actualizamos vivencias, estas se abren a alteraciones en su sentir y en su significado para mí, lo que puede

²² “La rememoración es ella misma presente, es rememoración constituida de forma originaria y es después rememoración que acaba de haber sido. La rememoración se construye sobre un conjunto de protodatos y de retenciones, y, de consuno con ellos, constituye (o mejor reconstituye) una objetividad duradera”. (Hua X, 58).

²³ Cfr. Hua X, p. 74.

²⁴ Sobre las modificaciones retencionales ver: §§ 11-13 (También Apéndice I) de las citadas *Lecciones* husserlinas sobre la conciencia del tiempo (Hua X); sobre el efecto de las protenciones en la rememoración, ver § 24 del mismo.

menoscabar la fuerza asociativa que mantiene con el estímulo que la evoca y, en consecuencia, debilitar el poder evocador de este.

Al introducir la intencionalidad consciente en el recuerdo exponemos a este, en tanto vivencia renovada, a nuevas síntesis asociativas que pueden eclipsar o contravenir las establecidas, entre ellas las que posibilitan la pretendida evocación. De aquí que al nostálgico, cuando “abusa” de un estímulo evocador, le cueste cada vez más suscitar el recuerdo y que la dicha que provoca su reencuentro dure cada vez menos, pues la recuperación se da con menor intensidad o su recuerdo se ha actualizado de tal modo que ya no menta a las expectativas que ha visto interrumpidas, sino a nuevos horizontes.

4. El futuro que *esperábamos* en aquel pasado. Razón de la “nostalgia de futuro”

Así, vemos ratificada la idea de que lo que le interesa al nostálgico de su pasado no es tanto el contenido del recuerdo, el cual ni siquiera tiene porqué rememorar con plenitud de claridad, sino aquello que lo mantenía asido con el presente y que ahora ve perturbado por el hecho lapsario. Recordemos que el sujeto que “cae” en nostalgia es quien ha asumido la imposibilidad de seguir renovando sus intenciones de expectativa en una vivencia asociada a su noción de hogar –de seguir viendo a la persona, y a lo que esta entraña, mañana–. Esto es lo que rompe con el horizonte de familiaridad, el pliegue en la proyección o renovación de sus expectativas que ahora se deben a lo ya sido y que genera que el horizonte de acción se torne incierto²⁵.

También hemos analizado cómo la persona perdida, o el país que se abandona, son vivencias que cobran relevancia por estar vinculadas a la sensación de pérdida de familiaridad. Es su pérdida precisamente la que evidencia, si aún no éramos conscientes, cuan valiosas resultaban para mí y cuan importante era mantener asida su presencia *viviente*. Perdidas, en rememoración, el sujeto las

²⁵ Insistimos en que incluso la pérdida o desaparición del objeto de experiencia entra dentro del elenco de expectativas que engendra la vivencia de un objeto para con el futuro, solo que es un caso límite que implica la conclusión y convierte la cosa-siendo en cosa-ya-sida. Lo esencial aquí es que la vivencia presente que nos hace conscientes de la ausencia de dicha presencia –más o menos definitiva– provoca que nuestras expectativas queden, desde ahora, pre-dirigidas en tanto hablamos de un suceso ya-sido.

reconoce como centrales en el establecimiento de su idea de mundo-propio. Una amante, una patria, actúan de sostén para el horizonte de vida en el que el sujeto despliega, o pensaba desplegar, sus proyectos, su hogar. Cuando soñaba con comprar una casa, lo hacía pensando en un lugar –que ya no está accesible– para vivir con alguien –que no está presente–; si pensaba en organizar un viaje, lo hacía para marchar y luego volver a un lugar –que no está– y con alguien –que tampoco–. El valor que les reconocemos a estos objetos está íntimamente ligado a las expectativas que el sujeto irradiaba hacia el futuro a través o contando con ellos en una relación de interdependencia. El valor de su presencia –ahora en forma de ausencia– es el que me lleva a desear contar con ellas para el futuro, a sabiendas que ya no podrá ser; es lo que añoro, lo que hecho en falta, y aceptar ese estado de ausencia en el que ahora las encuentro, concluidas, es a lo que me resisto.

La nostalgia no aparece, como decíamos, hasta que la pérdida se asume como concluyente, o lo que es lo mismo, hasta que se asume que la cadena de expectativas-cumplimiento se ha detenido quedando su objeto condenado al hundimiento en el pasado: “una vez el último sonido ha cesado” (Hua X, 60). Es frente a ello que emerge la resistencia, en forma de deseo, que conduce a la rememoración. El sujeto se resiste a aceptar la desvinculación con su ahora pasado y se ampara en el recuerdo para intentar reactivar el conjunto de expectativas que le permitan su proyección al futuro, pues también estas regresan con el recuerdo en tanto quedaron inscritas en la fundación del mismo (*cf.* Hua X, 73). Sin embargo, pronto advierte que, pese al instante de dicha que provoca su reencuentro, las expectativas le vienen ya, como dijimos, predirigidas, abriendo un “círculo vicioso” a pesar de su posibilidad de protencionar mediante una efectución nueva de lo pasado²⁶. Ya no hay patria, no hay persona amada –no al menos como él la desea–, no hay posibilidad efectiva de re-vivir aquello tal y como se vivió en la vivencia originaria que puso en movimiento su conciencia de ello, ahora clausurada. “El horizonte de la rememoración no es el futuro abierto de la percepción originaria, sino el futuro de la experiencia anterior ya clausurado, por consiguiente indisponible para el sujeto” (Ferrer 2011, 181). Solo queda entonces el regodeo transitorio, y el duelo que apareja la asunción de la pérdida.

²⁶ Husserl lo expresa como “una marcha de la actividad en el modo percibir-otra-vez, ser-otra-vez-en-presente, otra-vez-ir-hacia-el-futuro, el futuro-que-ya-fue. Siendo ahora activo en el recuerdo [...]. Tengo un horizonte de futuro en el modo otra vez” (Hua VIII, 266).

Ahora bien, esta mirada retrospectiva que permite el reencuentro con parte de viejos recuerdos episódicos abre la posibilidad, mediante ellos –esa es al menos la pretensión, que no siempre se consume–, del *reconocimiento de sí*, como bien apuntase Ricoeur (*cf.* 2005, 81 y sig.). En tanto la rememoración “no es tan solo conciencia intencional de un acontecimiento pasado, sino además autoconciencia” (Ferrer 2011, 174), me busco en el recuerdo del pasado prelapsario para hallarme en aquel momento cuando aún estaba “en posesión” de las *promesas* que cristalizaron mis expectativas, aquellos *compromisos* que, de algún modo, debían haber dirigido mis pasos futuros hasta el momento presente en el que, por distintos motivos –no solo relacionados con el lapso sino con la propia variabilidad del devenir–, no he conseguido encontrarme. Al margen de que semejante reencuentro pueda alimentar frustraciones o sensaciones de traición hacia los propios propósitos (*cf.* Ricoeur 2005, 139), ese ejercicio permite, mediante evocaciones, re-presentar los hechos y alcanzar una nueva interpretación de lo hallado en base a la actual situación, a saber, en base a lo evidente: que mi relación con el mundo entorno, con mi mundo de la vida, no es como esperaba que hubiese sido, o dicho de otro modo, *que el futuro –ahora alcanzado– no es como quería que hubiese sido*. Lo que al fin nos conduce a la premisa con que abríamos esta reflexión.

Hay que reseñar, además, que no solo las *promesas* emergen en la rememoración tal y como ilustrase Ricoeur, siendo estas únicamente parte de las expectativas que albergamos. En concreto, las promesas o compromisos son aquellas que asumimos como propias, que en algún momento se volvieron conscientes y fueron asumidas por mí, pero no son las únicas. La rememoración permite, como ocurre con el resto del horizonte de pasado, descubrir expectativas veladas –no relevantes en su momento o despertadas por asociación actual con las promesas sí tematizadas– que ahora, con la pérdida, con el cambio radical de situación al que me aboca el lapso, cobran una significación insólita volviéndose patentes ante mí. Este nuevo relieve trae información no-consciente –expectativas olvidadas o ignoradas– que amplía mi horizonte de posibilidades a la hora de interpretar –o reinterpretar– aquel pasado, pero no en tanto aquel tiempo estanco que reposaba alojado en un rincón de mi memoria, sino, como aquel tiempo que ha ido renovándose mediante repleción de expectativas hasta su culminación, hasta el lapso. Es mi pasado concebido en su tránsito hacia el presente, hasta ver clausuradas sus opciones de continuidad.

Esta posibilidad rememorante permite *mirar desde la distancia* aquellas expectativas, objetivándolas, pudiendo cuestionar y analizar cada cambio, cada

decepción, cada confirmación, advertir incluso dónde y cuándo se perdió el rumbo de su cumplimiento o si podía o no haberse hecho algo al respecto, incluso puede llegar a permitir, según el resultado de semejante análisis, una renovación en la proyección de nuestro futuro. La situación actual enriquece el conocimiento de la experiencia vivida no solo ofreciendo conciencia del paso del tiempo y saber concluidas ya las vivencias en las que nos hallábamos inmersos –dirigirnos al flujo unitario de la vida–; debido a la capacidad de evocar según nuevos intereses podemos ver crecer incluso el número de variables que quedan a nuestra disposición, lo que incrementa paralelamente nuestras posibilidades de comprensión de la experiencia vivida y de nosotros mismos en ella.

Otra cosa será qué decidamos hacer con todo ello, con esta información, siendo conscientes que su curso originario –si no hacemos nada distinto– nos llevará a donde ahora nos encontramos: al duelo. Frente a ello, aunque aquí entramos en el terreno de la especulación, los habrá quienes se limiten a asumir su situación de irreversibilidad y se conformen con las pequeñas píldoras de dicha que ofrece la esporádica evocación de aquel “tiempo mejor” –he aquí el motivo de que la nostalgia se haya convertido en moda (*cf.* Orth y Bourraïne 2008; Muehling, 2011)–. Por el contrario, los habrá quienes vean en la rememoración un instrumento de enmienda, un camino de aprendizaje y revisión de errores y aciertos, e intentar cultivar con ellos algo así como una “segunda oportunidad” con la que hacer las cosas de manera distinta, a modo de intento por “salvar” su presente cultivando un futuro no menos diferente. Este gesto, quizá solo intención, si bien no asegura futuro alguno, abre al menos un camino de labranza, lo que puede reabastecer de expectativas –nuevas– el sentido del presente²⁷.

Esto, empero, como decimos queda en la libertad de cada cual. Nosotros nos quedamos en que esta rememoración a la que nos empuja la nostalgia y que permite el *reconocimiento de viejas expectativas* abre el flujo a la reinterpretación de un curso de vida, de una unidad de continuidad, que concede la renovación de objetivos y, con ellos, de expectativas, ofreciendo la oportunidad de inaugurar, como quien dice, una nueva etapa en la vida, poslapsaria. Aunque ello no elimine, no es necesario remarcarlo, la pérdida y la tristeza que le acompaña, pues el futuro que esperaba haber tenido, independientemente del voluntarismo que entraña aferrarse a nuevos proyectos, ya no será.

²⁷ Ver MONTESÓ, J. *La perspectiva nostálgica*. Sevilla: Ed. Thémata, 2021, pp. 177 y sig.

Así, todo este análisis nos conduce, ya a modo de cierre, al lamento que el poeta de Lautaro clamase en sus memorias –“nostalgia sí, pero de futuro”–, un ruego a la restauración que clama justicia a la vez que asume su derrota. Poco hay más nostálgico que esto.

Como hemos podido analizar, pues, son las expectativas engendradas tiempo ha las que duermen bajo esta idea de “futuro”, un tiempo del que se esperaba que fuese pero que el presente ha ido confirmando, en su inexorable transcurrir, el distanciamiento creciente que los vinculaba, hasta que el vínculo se rompió. Asumimos entonces que ese futuro ya no sería, que se perdió en su posibilidad. Eso es nostalgia de futuro. Nostalgia de un sueño, de una intención, de un proyecto que se ha resistido, que se ha frustrado. Para Jorge Teillier, poeta lárco por excelencia, ese futuro soñado, esperado, era, como lo es para tantos, la base que sostenía su noción de “hogar”, de mundo-propio. Su no cumplimiento fue el incumplimiento de todo un proyecto de vida, la pérdida de su hogar. Podemos hallar causas en la dictadura chilena, en la ausencia por exilio de tantos allegados, seguro que el mismo paso del tiempo y en sus efectos, como también en la conciencia misma de finitud, pues así lo confesaba el propio poeta²⁸, pero al final es el sueño, son las expectativas las que conceden esperanza, las que en su quebranto rompen con todo haciendo que “despertemos” súbitamente, que tomemos conciencia de lo que ya estaba ahí y no mirábamos, de lo que en el fondo sabíamos pero ignorábamos, pues todo conjunto de expectativas contempla entre ellas, aunque no queramos asumirlo, la posibilidad de su no repleción. Y perdido el sueño, perdido el hogar, solo queda espacio para lo extraño, para volver a familiarizarnos con ello; en algunos este trance se traduce en angustia, en otros, como le sucedía al poeta, en nostalgia, en tal caso, de futuro.

²⁸ El propio Teillier aludía a ello en: “Sobre el mundo donde verdaderamente habito o la experiencia poética”. *Trilce*, núm. 14, 1968, p. 15.

Bibliografía

- BOLZINGER, André. *Histoire de la nostalgie*. París: Campagne première, 2006.
- BOYM, Svetlana. *El futuro de la nostalgia*. Madrid: Antonio Machado libros, 2015.
- CASTELNUOVO-TEDESCO, Pietro. “Reminiscence and nostalgia: The pleasure and pain of remembering”. En GREENSPAN, S. I. y POLLACK, G. H. (Eds.). *The course of life: Psychoanalytic contributions toward understanding personality development III: Adulthood and the aging process*. Government Printing Office: Washington DC, 1980.
- DODMAN, Thomas. *What Nostalgia Was: War, Empire, and the Time of a Deadly Emotion*. Chicago: Chicago Press, 2018.
- FERRER, Guillermo. “Experiencia del pasado e imágenes poéticas. Edmund Husserl y Paul Celan (una lectura fenomenológica de *Sprachgitter*)”. *Investigaciones fenomenológicas*, núm. 8, 2011, pp. 169-204.
- HOFER, Johannes. “Medical Dissertation on Nostalgia”. *Bulletin of the history of medicine*, núm. 2, 1934, pp. 376-391.
- HUSSERL, Edmund. *Analysen zur passiven Synthesis. Aus Vorlesungs und Forschungsmanuskripten 1918-1926*. Hua XI. Ed. de Margot Fleischer. La Haya: M. Nijhoff, 1966.
- *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität. Texte aus dem Nachlass*. Dritter Teil: 1929-1935. Hua XV. Ed. de Iso Kern. La Haya: M. Nijhoff, 1973.
- *Die “Bernauer Manuskripte” über das Zeitbewusstsein (1917-1918)*, Hua XXXIII. Ed. de Rudolf Bernet y Dieter Lohmar. Dordrecht: Kluwer Ac. Publ., 2001.
- *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Hua X. Trad. de Agustín Serrano de Haro. Madrid: Trotta, 2002.
- *Späte Texte über Zeitkonstitution (1929-1934). Die C-Manuskripte*. Hua VIII. Ed. de Dieter Lohmar. La Haya: Martinus Nijhoff, 2006.
- LÓPEZ SÁENZ, M^a Carmen. “Sedimentación del sentido y tradición (Überlieferung). Fenomenología y hermenéutica filosófica”. *Eikasia, revista de filosofía*, vol. 36, 2011, pp. 89-120.
- MONTESÓ-VENTURA, J. *La perspectiva nostálgica*. Sevilla: Ed. Thémata, 2021.
- “La nostalgia como refugio al estado de angustia”. *Agora: papeles de filosofía*, núm. 40, vol. 2, 2021, pp. 109-133.
- MUEHLING Darrel D. “The relative influence of advertising-evoked personal and historical nostalgic thoughts on consumer’s Brand attitudes”. *Journal of marketing communications*, núm. 19, vol. 2, 2011, pp. 98-113.
- NIEL, Luís. “Los laberintos de la conciencia interna del tiempo”. En SERRANO DE HARO, A. (Ed.). *Guía Comares de Husserl*. Granada: Comares, 2021, pp. 121-140.

- ORTH, Ulrich R. y BOURRAIN, Aurelie. "The influence of nostalgic memories on consumer exploratory tendencies: Echoes from scents past". *Journal of retailing and consumer services*, núm. 15, vol. 4, 2008, pp. 277-287.
- OSSWALD, Andrés M. *La fundamentación pasiva de la experiencia. Un estudio sobre la fenomenología de Edmund Husserl*. Madrid: Plaza y Valdés, 2016.
- "El hogar y lo extraño. Una aproximación sobre el habitar: entre la fenomenología y el psicoanálisis". *Revista Nufen, phenomenology and interdisciplinarity*, vol. 10, núm. 3, 2018, pp. 64-87.
- PÉREZ, E. "Diálogo de 145 artistas con Renau". *Las Provincias*, 5/3/2009.
- QUEPONS, Ignacio. "Nostalgia y anhelo. Contribución a su esclarecimiento fenomenológico". *Open Insight*, vol. 4, núm. 5, 2013, pp. 117-145.
- "Asociación pasiva y formación del temple de ánimo: aspectos de una fenomenología de la nostalgia". *Devenires*, vol. XV, núm. 29, 2014, pp. 217-248.
- "El resplandor de la nostalgia, esbozo de una descripción". En VENEZUELA, M. y JIMÉNEZ, A. (Eds.). *Antropología y fenomenología, reflexiones sobre historia y cultura*. Conaculta: Brújula, 2015. pp. 191-227.
- RICOEUR, Paul. *Caminos del reconocimiento*. Madrid: Trotta, 2005.
- ROSEN, George. "Nostalgia: A Forgotten Psychological Disorder". *Clio Medica* vol. 10, núm. 1, 1975, pp. 28-51.
- SCHEUCHZER, Johan. J. "De nostalgia". *De Bononiensi Scientiarum et Artium Instituto atque Academia Commentarii*, núm. 1, 1731, pp. 307-313.
- STAROBINSKI, Jean. "The Idea of Nostalgia". *Diógenes* núm. 54, 1966, pp. 81-103.
- STEINBOCK, Anthony J. *Home and beyond. Generative Phenomenology after Husserl*. Evanston: Northwestern U.P, 1995.
- TEILLIER, Jorge. "Sobre el mundo donde verdaderamente habito o la experiencia poética". *Trilce*, núm. 14, 1968, p. 15.
- *Prosas*. Santiago: Ed. Sudamericana Chilena, 1999.
- WALDENFELS, Bernhard. "Mundo familiar y mundo extraño. Problemas de la intersubjetividad y de la interculturalidad a partir de Edmund Husserl". *Ideas y Valores*, núm. 116, 2001, pp. 119-131.
- ZIRIÓN QUIJANO, Antonio. "Coloraciones emotivas y temples anímicos en los Estudios acerca de la estructura de la conciencia de Husserl". *Isegoría, Revista de filosofía moral y política*, núm. 60, 2019, pp. 123-145.

Recibido 17-10-2022

Aceptado 14-11-2022